

LIBRO DECIMO.

Los Borbones.—Luis XVIII.—Su vida en la corte de Luis XVI.—Su carácter.—Su talento.—Su conducta durante la revolucion.—Su fuga de París.—Su permanencia en Coblenza.—Tratado de Pilnitz.—Manifiesto de los príncipes franceses.—Fisonomía de la corte del conde de Provenza en la emigracion.—Sus opiniones.—Su impopularidad en la emigracion.—Popularidad de su hermano el conde de Artois.—Carta del conde de Provenza á Luis XVI.—Guerra contra la República.—El conde de Provenza, regente.—Sus intrigas en Francia y la Vendée.—Su manifiesto despues de morir Luis XVII.—Su vida en Verona.—Deja á Verona y se dirige al ejército de Condé.—Sus negociaciones con Pichegrú.—Abandona el ejército de Condé.—Sus aventuras y su vida en Alemania.—Se retira á Mittau.—Se ve obligado á marchar de allí.—Su regreso á Mittau.—Pasa á Inglaterra.—Le recibe el duque de Buckingham.—Se retira á Hartwell.—Mr. de Blacas.—Vida y meditaciones de Luis XVIII en Hartwell.—La Inglaterra y Luis XVIII en 1813.

I.

Mientras Napoleon se dirigia de aquel modo á su primer destierro, adonde bien pronto tendremos que seguirle, los príncipes de la casa de Borbon se acercaban á París. Iban á ocupar ó rodear aquel trono que la guerra les devolvía despues de restablecido por otro, y que la revolucion y la contra-revolucion, unánimes entonces, iban bien pronto á disputarse. La Francia no conocía de ellos mas que el nombre.

Antes de referir su advenimiento, su ensayo de rei-

nado y su segunda caída, diremos de qué príncipes y princesas se componía entonces la familia real, tan proscrita ya hacia veinte años de la memoria como del suelo. Diremos también con qué espíritu volvían á entrar en el reino de sus padres aquellos miembros de la familia soberana, y con qué espíritu los contemplaba la Francia y saludaba su regreso.

II.

La familia real se componía de siete príncipes y de cinco princesas: el rey Luis XVIII; su hermano el conde de Artois; los dos hijos de este último príncipe, el duque de Angulema y el duque de Berry; el príncipe de Condé; su hijo el duque de Borbon y el duque de Orleans.

Las princesas eran: la duquesa de Angulema; la duquesa de Orleans, viuda de Felipe Igualdad; la duquesa de Orleans, esposa de Luis Felipe de Orleans; la señorita de Orleans, hermana de Luis Felipe; la duquesa de Borbon, y además los hijos de Luis Felipe, duque de Orleans, la princesa Luisa y el duque de Chartres.

En aquella vuelta al hogar comun de la antigua Francia, despues de tantos años de adversidades y de luto, despues de tantas mutilaciones del trono real y de sus ramas por el hacha revolucionaria ó por el asesinato de Vincennes, en aquella tardía reparacion de las proscripciones, en aquel asombro de los palacios que volvían á ver á sus primeros dueños, en el júbilo de los criados al recibir á sus antiguos amos, y la inesperada felicidad de aquella familia que volvía á pisar, entre el ruido de las aclamaciones y de las esperanzas públicas, aquel suelo por el que tanto debía haber suspirado, en todo eso, repetimos, había tal simpatía, aun para los corazones es-

traños á inmerecidos infortunios y á reparaciones interesantes, semejante efusion de la sensibilidad popular asociándose á aquellas impresiones reales. Tal enternecimiento en el aspecto del país, todo esto reunido, parecía formar en cierto modo un espíritu nacional, y que la imaginación del pueblo participaba de las adversidades y felicidades de una familia. Ese es el poder de la naturaleza, cuando se la encuentra con la política; es el prestigio de los recuerdos, cuando por un instante se confunde con las esperanzas; es la renovación de las tradiciones en los corazones, cuando estas se hallan personificadas en razas que vuelven de un largo destierro; es la compasión que se venga; es la consagración popular de las restauraciones. No tienen mas que estos días, pero son simultáneamente hermosos como lo pasado y el porvenir. El día siguiente vuelve á producir las nuevas dificultades y nuevos peligros, porque se las pide un imposible, la fusión de ideas y de intereses que se rechazan, de lo que fué y de lo que ya no puede ser, de lo que está por venir y de lo que ya ha pasado, del prestigio y de lo real, de la memoria y del tiempo. Pero no nos anticipemos al porvenir de la familia real. No se descubra en su regreso; iba precedido de un inmenso poder que era el poder del sentimiento.

III.

Luis XVIII rayaba en los sesenta años de su edad, época de la vida en que el entendimiento ha llegado á toda su madurez, y en que el cuerpo no pierde todavía su vigor en las razas fuertes. Era hermano de Luis XVI, el Carlos I de la Francia. Su padre era el Delfín, hijo de Luis XV, príncipe que no había hecho mas que vislumbrar el trono, y que no parecía destinado á llevar á él

mas que oscuras virtudes. Luis XVIII, antes del asesinato de su hermano Luis XVI, llevaba el título de conde de Provenza. Casó siendo todavía jóven con Josefina de Saboya, hija de Victor Manuel III, rey de Cerdeña. No tuvo hijos y perdió á su esposa en la emigración. Este príncipe, que con rara felicidad ha desempeñado uno de los papeles mas difíciles en la historia, merece ser examinado. Su inteligencia se hallaba á la altura de las circunstancias, si bien su carácter era inferior á su obra. Si hubiese sabido mantenerse habria fundado. Estudiemos su vida, porque ella nos esplica su reinado.

IV.

El conde de Provenza, solitario y reservado en la corte de su hermano Luis XVI, se había rodeado de una pequeña corte aparte que convenia á su carácter estudioso, familiar y un poco afeminado. Su alma carecia de virilidad como su cuerpo. Aunque demasiado jóven, se notaba en él algun recuerdo de aquella sagacidad y penetración de los enuecos soberanos de sus soberanos en las cortes griegas de Bizancio: Narsès que había nacido en las gradas de un trono y que gustaba como ellos de desenlazar y desenredar los nudos de la política en las misteriosas intrigas de un palacio, acariciando en lo interior el favor de las cortes y en lo exterior la popularidad de la opinion, ambicioso de deseos, pero modestos y contenidos, encubriendo sus tramas con el rigor del ceremonial y con las puerilidades de la etiqueta, rodeándose de filósofos, literatos, cómicos, artistas, y aun aparentando pasión á las mugeres, pero sin amar en ellas mas que su flexibilidad, su gracia y su malignidad de espíritu, buscaba la amistad de los hombres á falta de amor, y experimentaba la necesidad constante de apoyar su alma en

un favorito. Tal era el carácter primitivo del conde de Provenza.

V.

Creía con razón que tenía un talento muy superior al de su hermano Luis XVI, y al superficial é irreflexivo de su otro hermano el conde de Artois. Dejaba con mucho respeto al primero el goce, las consideraciones y la responsabilidad del trono. Aparentaba encubrir su superioridad con una verdadera adhesión, y con fingida indiferencia del poder. Manifestándose muy á las claras, hubiera temido ofuscar con su mérito, no á Luis XVI, incapaz de recelar rivalidades, sino á la jóven y hermosa reina María Antonieta, princesa seductora, celosa é incapaz de dominación. El conde de Provenza dejaba con mas trabajo á su segundo hermano el conde de Artois, ídolo de la reina, de la corte y de la juventud, el imperio de la gracia, de la lijereza y del favor público. No pudiendo igualarle, procuraba diferenciarse de él con sólidas superioridades. Desempeñaba el papel de un sábio precoz y censorador en una corte fútil y un país mal gobernado. Estudiaba la historia, la política, y las teorías de economía y de gobierno de los imperios: escribía mucho y sobre todas materias. Cultivaba además toda especie de literatura. Tenía la ambición de talento, y el apetito de gloria. Hacía insertar poemas en las publicaciones de aquel tiempo, y representar dramas en los teatros populares de París, con el nombre de sus amigos y servidores. Gozaba como el emperador romano de sus triunfos en la escena, y de su rango al lado del trono. Se rodeaba de filósofos, teóricos, y censores del reinado y del culto. Les permitía que dejasen traslucir sus críticas contra los ministros, sus miras acerca de la reforma del reino, y su complicitad de talento y de voluntad

contra la tendencia general de la nación, que prorumpía en murmuraciones contra el gobierno y en entusiasmos precursores de una revolución. Pero nunca permitía que aquellos murmullos y entusiasmo traspasasen los límites del respeto exterior al culto y al trono. Aunque escéptico en religión y revolucionario en administración, miraba á la iglesia y á la monarquía como dos ídolos populares, cuya divinidad podía ponerse en duda, sin quitar nunca de la vista del pueblo aquellos dos simulacros. Hasta en sus convicciones se observaba etiqueta y ceremonial; creía en el derecho divino de la costumbre. Toda reforma que llegaba hasta su raza le parecía un sacrilegio.

Presentía una revolución. Creía que su hermano no podía luchar con su siglo. Pensaba que su debilidad le conduciría á la abdicación, que el conde de Artois se perdería con su futilidad en la corriente del mundo, y que reconstituida la Francia bajo un nuevo plan monárquico se refugiaría en su propio reinado. No conspiraba, no deseaba; aguardaba. Sin embargo, amaba al rey su hermano, como era capaz de querer á cuanto le era superior.

VI.

Los apuros del tesoro, las disipaciones de la corte, la negativa del clero y de la nobleza á contribuir á las necesidades del erario, las amenazas de la opinion pública manifestada por los escritores, los murmullos del pueblo, la buena fé y la confianza del rey en la cooperacion de la nación, hicieron que fuese convocada la Asamblea de los notables. El gran consejo íntimo y oficioso del país en derredor de su rey. El conde de Provenza se manifestó en él al pueblo, como un príncipe popular y novador. Se colocó contra la aristocracia al lado del número, de la justicia y del derecho. Su actitud, sus votos, sus

palabras, prometieron á la vez un tribuno y un moderador de la revolucion: su nombre adquirió una inmensa popularidad. La respiró con embriaguez y jamás consintió abdicarla voluntariamente, mientras aquella popularidad no le exigió mas que sacrificio de ideas. Mas bien pronto la Asamblea constituyente comenzó á minar los apoyos seculares del trono. El clero y la aristocr cia sucumbieron á manos del tercer Estado 6 de la mayoria nacional. El conde de Provenza habia favorecido la supremacia de aquella mayoria numérica de la nacion, volando por que el pueblo tuviese una representacion proporcionada, no á su unidad como 6rden del Estado, sino á su masa como poblacion. Por aquel voto se nacionaliz6 mas: se declaró del partido de Mirabeau fué popular, pero queria permanecer príncipe.

VII.

Los ultrages directos al trono le advirtieron que la revolucion avanzaba hasta la monarquía, pero esperaba que al menos respetaria al monarca. Contaba todavía con su propia popularidad. Vituper6 la emigracion prematura. Dej6 á su hermano, el conde de Artois, huir de Versalles, pasar al extranjero, correr desde Turin á Viena y Petersburgo, para formar con la nobleza militar de Francia y las c6rtes de Europa, una cruzada contra la revolucion. El conde de Provenza, mas firme, mas fiel y mas político, sigui6 á su hermano Luis XVI arrebatado de Versalles por la sublevacion de los dias 5 y 6 en París. El pueblo le respet6, le aclam6, y le di6 muestras de afecto en el palacio del Luxemburg6. Parecia un conciliador entre la c6rte y la revolucion.

Pero bien pronto perdi6 su popularidad. La sospecha de una conspiracion contra-revolucionaria tramada por el marqués de Favras, oficial de la guardia, recay6 sobre

 l. Favras habia sido encargado de negociar empr stimos considerables para su antiguo amo. Al mismo tiempo habia urdido, sea con el consentimiento tácito, o sin noticia del conde de Provenza, una conspiracion que tenia por objeto, deshacerse de los tres gefes de la revolucion Lafayette, Necker y Bailly: quitar al rey del poder de los que le custodiaban, conducirle á Peronne, y nombrar al conde de Provenza regente del reino. Favras, acusado, preso y sentenciado, muri6 sin revelar ningun complice. Se llev6 al sepulcro el enigma de la complicidad 6 de la inocencia del hermano del rey. Pero antes de morir, prorrumpi6 en maldiciones contra un c6mplice poderoso que le abandonaba á su suerte. La opinion pública complet6 justa 6 injustamente la revelacion, y nombr6 al conde de Provenza. El misterio qued6 envuelto en el f fetro de Favras. Pero el conde Provenza temiendo las consecuencias de semejante acusacion, las previno por medio de una justificacion timida y atrevida al mismo tiempo ante el consejo comunal de París. Se dirigi6   el con grande aparato, y habl6 allí como acusado ante los jueces del pueblo. Refiri6 sus relaciones con Favras, especific6 su naturaleza, separ6 los negocios financieros encargados   aquel caballero, de las empresas contra-revolucionarias que hubiera podido fraguar de su propia cuenta. Se produjo con el acento de la franqueza y la persuasion de la verdad. Hizo mas, proclam6 en alta voz sus principios revolucionarios: «Desde la Asamblea de los notables, dijo, en que me declaró por la doble representacion del pueblo, no he cesado de creer que se hallaba pr6xima una gran revolucion: que el rey, por sus intenciones, sus virtudes y su rango supremo debia ser su gefe, y que la autoridad real debia ser el antemural de la autoridad nacional.  Tengo derecho para ser creido bajo mi palabra?...» La multitud envanecida de ver al hermano del rey reconocer su jurisdiccion   implorar su absolucion, le aplaudi6 estrepitosamente y le volvi6 en triunfo   su

palacio. Pero el perdón de Favras que había ido á pedir, no le fué concedido.

VIII.

Los peligros iban en aumento. Los príncipes de la casa de Condé, y las tías del rey iban abandonando sucesivamente el suelo de la Francia. Divulgóse el rumor de la próxima partida del conde de Provenza. El pueblo se dirigió á su palacio para asegurarse de su presencia. Mandó abrir las puertas, se presentó, conversó familiarmente con las mugeres que iban al frente de aquella muchedumbre, y las juró no abandonarlas jamás. «¿Pero y si el rey partiese?... le preguntó una de ellas.—Para ser una muger de talento, la contestó el príncipe, me haceis una pregunta bien necia.» De este modo eludió la contestación, y dió á entender por su acento, que si su hermano llegaba á abandonar el trono, no sería él su sucesor, porque no ambicionaba subir á él.

Toda la conducta y el talento de este príncipe se hallaban comprendidos en aquellas palabras.

IX.

Manifestó obstinación, reserva y valor en los días de la conmoción, en que invadiendo el pueblo las Tullerías, ultrajó al rey y á la reina, concentrando toda su cólera contra el monarca. Protegia y consolaba á su hermano. En medio del tumulto le recitaba aquellos versos en que su favorito Horacio, alaba la tranquilidad y serenidad de los campos en oposición con las agitaciones de los palacios y de los negocios públicos. Las desgracias de María Antonieta le habían reconciliado con ella: la ad-

miraba á fuerza de compasión. Era el confidente de su hermano y de su cuñada. Aparentando á los ojos del pueblo la firme resolución de no abandonar su puesto de ciudadano y de heredero eventual del trono, se preparaba á salvar su cabeza de manos de la revolución. Mientras que fingía buen semblante á las sospechas y alarmas del pueblo, abría por detrás de sí secretamente la puerta de la emigración. Mas político que intrépido, su valor era menos emprendedor que su espíritu. El rey le participó que meditaba su fuga para el 20 de junio. El conde de Provenza corrigió como gramático la declaración que Luis XVI dejaba sobre su mesa, protestando contra los actos que la nación hiciese sin él. Bien sabida es la suerte de aquel príncipe y su familia detenidos en Vincennes, y conducidos encadenados á Paris para reinar y morir. El conde de Provenza, mas hábil, mas afortunado ó menos perseguido, consiguió lo que á su hermano se le frustró. El mismo escribió con una curiosa puerilidad de artista, mas bien que con una dignidad de rey esta página de evasión. Es un comentario un poco grotesco de la huida y del miedo. Al leerla escitaría la risa, si detrás del fugitivo no estuviese el cadalso. Había tomado sus medidas con habilidad y astucia, virtudes femeniles que jamás faltaron á aquel príncipe, en los embrazos ó peligros de sus diversas situaciones.

X.

Su favorita madama de Babbi, muger cuyo talento apreciaba en mas que sus gracias, y su amigo el conde de Avaray, fueron sus únicos confidentes. El conde de Avaray lo preparó todo para la fuga. Concluidos los preparativos, el príncipe fué á las Tullerías como tenia de costumbre, afectó tranquilidad de ánimo, permaneció con

el rey y la reina hasta las once, se despidió del rey, la reina, y de su hermana Isabel que contenian sus lágrimas por no descubrir nada, se dejó acompañar por sus cortesanos hasta su palacio y su habitacion, hizo que le desnudase su ayuda de cámara que se acostaba á los pies de su cama y de quien desconfiaba, se metió en el lecho, corrió las cortinas por un lado, se salió por el otro sin hacer ruido, entró en un gabinete que comunicaba con un pasillo, de allí fué á un retrete en donde el conde de Avaray le aguardaba con un disfraz, se tiñó las cejas, se puso una peluca, se puso una ancha escarapela tricolor en un sombrero redondo, bajó al patio de palacio en donde le aguardaba un coche, encontró en el malecon una silla de posta, subió en ella con su amigo con nombre y pasaportes ingleses, salió de las barreras sin infundir sospechas, y corrió por el camino de Soissons. Allí se rompió un eje del carruage y retardó su fuga. Afectó un acento inglés, conversó con los ociosos que rodeaban el carruage, los engañó, jugó con el peligro, se confió aunque poco crédulo, á una imagen milagrosa que le habia dado la víspera su hermana Isabel; llegó á Maugeuge, última puerta francesa antes de la Bélgica, á fuerza de oro hizo dar vuelta al postillon á la ciudad fronteriza, la pasó, y arrancando de su sombrero la escarapela tricolor, gozó por fin del placer de arrojar aquel signo de su opresion y de su terror. Cuando llegó á Mons, estrechó en sus brazos á su libertador, el conde de Avaray, y se arrodilló para dar gracias al cielo por su libertad: luego, mezclando sus recuerdos escénicos y literarios, á las felicitaciones que se dirigia á sí mismo por su salvacion, parodió versos de ópera y aplicó su sentido trágico á las circunstancias mas grotescas de su disfraz. ¡Ay!... mientras se estasiaba con la alegría de su propia seguridad, su esposa, cuya suerte ignoraba, corria los mismos riesgos por otro camino, y el rey, la reina, sus hijos, sus hermanos, alcanzados en el camino

de Varennes, iban á pagar con su libertad y su vida aquel dia que á él le devolvía la seguridad en suelo extranjero.

XI.

Madama de Babbi le esperaba en una fonda de Mons: á pesar de la ansiedad acerca de la suerte de su familia, no olvidó la delicadeza de la mesa ni las dulzuras del vino. Al dia siguiente partió para Namur apuntando en su libro de memorias las particularidades de la mesa y del hospedage, puerilidades de príncipes que conservan hasta en la adversidad el culto de su persona á que les han habituado sus córtes. En fin, cerca del Luxemburgo un nuevo accidente suspendió el curso de su carruage. Se sentó como un califa disfrazado en un tronco de árbol en el umbral de una choza; allí dió limosna á una vieja estropeada y á una jóven hermosa estenuada de hambre y de cansancio. Su liberalidad le descubrió: las mugeres se arrojaron á sus pies, y las recomendó que rogasen al cielo por el rey de Francia y por su hermano. — «¿Su hermano?... dijo el conde de Avaray á las aldeanas señalando al príncipe, héle ahí.—Y he aquí á mi libertador, exclamó el príncipe arrojándose en los brazos de su confidente.»

Con esta escena teatral, dice el conde de Provenza que terminó su viage, y volvió á entrar en la vida política.

XII.

Refugióse en Coblentza en el palacio del elector de Tréveris, Wenceslao, príncipe de Sajonia, hermano de su madre. Coblentza, centro de la emigracion, llegó á

ser el campamento, la corte y el congreso de los príncipes y de la nobleza, que procuraban unir la Europa entera á su causa y librar á Luis XVI de las garras de la revolucion. Aquel príncipe, despues de haber sido detenido en Varennes y llevado preso á las Tullerías, aunque con la apariencia de un respeto constitucional, no era mas que el instrumento pasivo de la nacion. Sus hermanos y partidarios reunidos en Coblentza no obedecian ya sus órdenes. Obraban aun contra sus instrucciones y su voluntad, no mirando mas que por el interés de su propia causa, y aprovechando contra la Francia revolucionaria cuantas enemistades y temores podian suscitar en Alemania. «Si vuestros opresores nos hablan en vuestro nombre, escribia el conde de Provenza al rey cautivo, no los escucharemos. Si es por parte vuestra, escucharemos, pero seguiremos derechos nuestro camino. Asi, si los que os rodean quieren que nos comuniquéis órdenes ó instrucciones, no os molesteis, estad tranquilo por vuestra seguridad. Nuestra existencia está consagrada á serviros, trabajamos para ello con ardor, y todo va bien. Nuestros enemigos tienen demasiado interés en vuestra conservacion, para cometer un crimen inútil que acabaria de perderles.»

XIII.

El emperador de Austria, el rey de Prusia, y los príncipes de Alemania, firmaron á vista y por inspiracion de los príncipes franceses el tratado de Pilnitz, en que con las armas en la mano, tomaban la causa de Luis XVI, como la de todos los tronos. Los príncipes franceses, creyéndose ya los árbitros de su pais, redactaron y publicaron un manifiesto que puede considerarse como el ultimatum de la aristocracia desterrada. Intimaron á Luis XVI que negase su sancion á la constitucion que la rebelion de sus pueblos queria arrancarle.

Aquel manifiesto, tan impotente para salvar al rey como para intimidar al pueblo, no detuvo ni á Luis XVI, ni á la nacion. «No esperéis ya nada mas que del extranjero, escribió entonces el conde de Provenza á su hermano, solamente ahí puede encontrarse el auxilio. Os hallais rodeado de hombres que solo quieren haceros traicion ó destruiros.» Conforme á estas palabras, dos ejércitos franceses se formaban en las fronteras compuestos de emigrados, uno en Coblentza á las inmediaciones del conde Provenza y del conde de Artois, y otro en Worms á las órdenes de los tres príncipes militares de la casa de Condé. Pero el conde de Provenza que no tenia nada de soldado, y si todo de diplomático, parecia mas apto para reinar que para combatir. Sin tomar todavía el título de regente del reino, ejercia en realidad sus funciones. Su derecho eventual á la corona y su edad, le hacian á propósito para ello. Su talento superior al del conde de Artois, le hacia el hombre de Estado, el negociador y el publicista de la emigracion. La pequeña y fugitiva corte que el destierro y el odio á la revolucion habia formado en derredor suyo, atraía á su consejo todos los escritores de la irritada Francia y de la Europa. Sus conversaciones, sus escritos y su liga contra los nuevos principios, sus escritos y su liga contra los nuevos principios, aguzaron bien pronto el espíritu inteligente y activo del conde de Provenza, en el sistema y las polémicas de la guerra de ideas. Aquel fué el punto de reunion y el origen de la escuela monárquica aristocrática y paradójica de los Maistre, Entragues, Bonald, Montlosier, Chateaubriand y Burke. La monarquía, mas atacada en el espíritu de los pueblos que en los campos de batalla, conoció la necesidad de interrogarse, justificarse á sí misma y defenderse por medio de la palabra, los libros, los folletos y los periódicos. Tan pronto llamó en su auxilio á la razon y á la tradicion, como á los sofismas y preocupaciones. Entre los escritores, unos deificaron al gobierno teocrático, y colocaron

la aristocracia, la monarquía, los establecimientos y riquezas de la iglesia, en el rango de los dogmas: otros refugieron su fé monárquica en la educación servil del gobierno absoluto y hereditario, y en el desprecio manifiesto á los pueblos. Algunos fijaron la vista en los diferentes sistemas de gobierno que regian en Europa, adoptando de cada uno de ellos lo que les parecia mas analogo á sus pensamientos; confundieron aquellos principios en una especie de conciliación general de intereses y de cartas, y presentaron la monarquía aristocrática, democrática y representativa de la Inglaterra, como el tipo de las instituciones. El conde de Provenza, por la naturaleza de su situación y de su talento, se inclinó alternativamente á cada una de aquellas teorías segun le atraía prosélitos ó le proporcionaba argumentos y fuerzas para su causa; teócrata con los príncipes de la iglesia, aristócrata con la nobleza, era constitucional y liberal con los partidarios de la constitución inglesa. El príncipe que no tenia mas que la esterioridad de la fé, se prestaba sin violencia á toda especie de sistemas. La única cosa en que creía profundamente era en sí mismo, en su sangre, en su tradición, en su derecho y en su necesidad. Adoptaba todo cuanto le era útil. Pero en el fondo su inteligencia era muy pronta, y su tacto demasiado ejercitado para no reconocer que estaba efectuándose una grande revolución en el espíritu humano, que aquella revolución, despues de haber trasformado las ideas, trasformaba las cosas, y que el príncipe que comprendiese mejor la naturaleza, la dirección y la moderación de aquel movimiento en Francia, seria el heredero de aquellas tempestades y el genio del siglo. Se burlaba por lo bajo de aquellas preocupaciones de la emigración, que por su papel se veía obligado á aplaudir en voz alta. Ya combinaba en su pensamiento y en sus conversaciones, los planes eventuales y diversos de una restauración monárquica y constitucional, que algun día seria llamado á intentar.

XIV.

Así es, que la emigración le amaba poco y desconfiaba de él. Se acordaba de sus temeridades populares en la Asamblea de los notables y en los Estados generales: solo le tributaba los honores debidos á su rango, y reservaba todo su entusiasmo para el conde de Artois. Aquel príncipe joven no tenia bastantes ideas para balancear entre muchos sistemas. Una invencible repugnancia á todas las concesiones del trono que llamaba debilidades, una parodia brillante y esterior de la antigua caballería, su edad, sus gracias, su arrojo, sus palabras ligeras y vacías, su aturdimiento y hasta su irreflexión, le hacian el ídolo de la emigración. La representaba admirablemente por sus preocupaciones, su confianza, su desprecio y sus ilusiones: se adhería á él como á su propia imagen.

El conde de Provenza no abrigaba envidia contra su joven hermano, mas favorecido que él por la opinión del ejército de Coblenza: conocía su lealtad y su bondad. Sabía de antemano que la irreflexión de su talento traspasaría bien pronto aquella superficie de resoluciones temerarias. Las inclinaciones del conde de Provenza, su obesidad y sus dolencias precoces, le impedían el aspirar nunca al papel heroico de soldado de la causa de los reyes. Con mas recelo veía la estremada popularidad del príncipe de Condé, del duque de Borbon, su hijo, y del duque de Enghien, su nieto, en el ejército de Worms. Aquellos tres príncipes parecia que atraían á su campo toda la nobleza. Eran de raza heroica, valientes, nacían soldados, y eran muy allegados al trono: victorias demasiado independientes y demasiado personales, podían entregar la Francia á sus nombres.

Habiendo obligado la Asamblea nacional á Luis XVI á que llamase á sus hermanos y á los príncipes de su familia, cuya presencia en medio de los ejércitos contrarrevolucionarios, ofendía y turbaba á la patria, el conde de Provenza contestó por todos: «He leído vuestra carta, decia aquel príncipe al rey, con el respeto debido á la letra y firma de vuestra magestad. La orden que contiene de que me traslade al lado de vuestra real persona, no es la libre espresion de vuestra voluntad; mi honor, mi deber, y hasta mi ternura me prohiben obedecerla.» Formó su guardia y confirió el mando de ella al conde de Avaray, su amigo y compañero de fuga. La emperatriz de Rusia, Catalina II, decidida á defender la causa de la nobleza y de los reyes que su predileccion por los filósofos tanto había destruido, acreditó un enviado cerca de los príncipes. Escribió á la nobleza emigrada que iba á socorrer á Luis XVI, como Isabel de Inglaterra había auxiliado á Enrique IV. «Al abrazar la causa de los reyes en la del de Francia, no hago, decia, mas que cumplir con un deber del rango que ocupo en la tierra.» La Francia contestó á aquellas amenazas y demostraciones de los príncipes, declarando al conde de Provenza destituido de sus derechos á la regencia. Comenzó la guerra revolucionaria: los príncipes se separaron de las operaciones y se retiraron á espaldas de los ejércitos, para quitar á las hostilidades el carácter de una guerra de restauracion. Fué blanda, vacilante, mezclada de triunfos incompletos, de reveses inmensos, y de retiradas ignominiosas. Solo los príncipes de Condé y su cuerpo de ejército, tomaron en ella una parte un poco activa. Los condes de Provenza y de Artois continuaron fomentándola en las córtes, y apenas se presentaron en los cam-

pamentos. Dumouriez los contuvo en los desfiladeros del Argonne. El duque de Brunswick, comandante en jefe de los ejércitos prusianos combinados, se replegó al ver los batallones franceses. Al saber aquella retirada, un grito unánime de indignacion y de traicion salió del ejército de los emigrados y del consejo de los príncipes. Les quitaba á París, la Francia, y la Restauracion. Era el primer paso retrógrado de la Europa, ante el genio revolucionario de la Francia. Dumouriez, vencedor en Verdun por la táctica, lo fué en Jemmapes por el valor. El conde de Provenza, huyendo de la insurreccion de la Bélgica, volvió á pasar el Rhin, y se resguardó en Dusseldorf. Su hermano y él habían abierto un empréstito de algunos millones en Holanda, con lo que pagaban su servidumbre, su guardia, y su corte. Allí siguieron con la vista y con el corazon el drama fúnebre que la revolucion ejecutaba en París: el 10 de agosto, la prision de la familia real en el Temple, la proclamacion de la República, el proceso y la ejecucion de Luis XVI. El conde de Provenza tomó entonces el título de regente que la misma emigracion le había disputado hasta entonces. Reconoció por rey al niño preso y lentamente sacrificado en el Temple: dió una satisfaccion á los amigos de su hermano el conde de Artois, nombrándole lugarteniente general del reino, desmembracion penosa pero política de la autoridad ideal que aquellos dos príncipes iban á ejercer en el destierro. Reconocido por el ejército de Condé y por la emperatriz de Rusia, se rodeó de un consejo y nombró ministros. Imitó un reinado en el extranjero. A cada golpe trágico que la Convencion descargaba sobre los individuos de la familia real, dirigia proclamas solemnes al ejército de Condé y á la Europa. Fomentó con todas sus fuerzas, las turbulencias, insurrecciones, y las guerras civiles del Mediodia y de la Vendée. Acogió á todos los negociadores distinguidos, y á todos los aventureros de partido, que se lanzaban entre las dos

causas, menos para servir las que para servirse de ellas. Su corte y su consejo fueron un foco perpetuo de planes, de quimeras, de conspiraciones reales ó supuestas, de corrupcion de los generales, de venalidad de los tribunales, y de movimientos del pueblo con que los hombres de intriga entretuvieron la ociosidad de las cortes desterradas. Allí adquirió la costumbre y la afición á las relaciones secretas, á las confidencias subalternas, á las intrigas de diplomacia, de policía, de gobierno, de favoritismo doméstico, y de trabajo corporal que luego le acompañaron al trono. Conservó también allí esa actitud real y esa distancia entre él y la multitud, que no dejó violar jamás sino á algunos cortesanos. Conocía el prestigio del alejamiento para las cosas y para los hombres; constantemente se apartó de las miradas y del acceso para ser más imponente. Estudió asiduamente la historia de su país y de su raza para personificar en sí los reinados, los reyes, las grandezas de su casa, y para recordar un día á la Francia en sí solo, todo lo más ilustre, ó por lo menos todos los recuerdos de su raza. Se revistió sin interrupción del aparato del trono no dudando que sería llamado á él por las vicisitudes de las cosas humanas, y no queriendo que el reinado le encontrase un solo día falto de dignidad. Poco buscado, y menos amado, imponía respeto á los demás, por el que se tenía á sí mismo: tal fué este príncipe desde que llegó á Coblenza hasta el fin de su largo destierro.

XVI.

Este destierro le condujo á Verona, á Mittau, y por último á Inglaterra, espulsado del continente por las victorias de los franceses y por el terror de las potencias, á medida que la revolución ocupaba más espacio en el

suelo de la Europa, y que intimidaba más á los reyes. Durante estas diversas paradas de la emigración Luis XVIII, entonces rey por muerte del delfín, creyó tener muchas veces en sus manos los hilos de la contrarrevolución en París. Sus agentes, sus emisarios y sus corresponsales le lisongeaban á menudo con la esperanza de atraerse á Danton, de dirigir á Robespierre, ejercer influencia con Tallien, supeditar al comité de Clichy, poner la república en manos de un nuevo Monk, Pichegru, negociar con Barrás la traición del Directorio y el restablecimiento de la dignidad real, y por último, con la de preparar á Bonaparte para que llamase al monarca legítimo después de establecer la monarquía con su espada. A escepcion de Mirabeau que vendió, no su conciencia, sino sus servicios por un puñado de oro, y de Pichegru que permitió se le acercasen los negociadores de traiciones, pero que quizás pensó nunca en llevarlas á cabo, todos aquellos mercados, todas aquellas supuestas negociaciones, solo tenían realidad en los sueños de aquellos ociosos corredores de venalidades imposibles. Vendían diariamente lo que no podían entregar. De este modo adquirían confianza, misiones, títulos y oro del gabinete de Luis XVIII, y subsidios, la mayor parte engañosos, del gobierno inglés. Suponian tráficos de opinión y de conciencia en París, entre ellos y los hombres influentes de la revolución. Penetrando hasta el fondo de aquellas negociaciones y corrupciones elevadas á la proporción de tramas políticas por sus autores, se descubría hasta la evidencia que no eran más que intrigas y supercherías para darse importancia y saciar la ambición. Jamás Danton, Tallien y Barrás escucharon seriamente á aquellos supuestos mediadores entre ellos y la monarquía desterrada. Las revoluciones no se venden como las cortes. Arrastran á los hombres que trafican con ellas, en vez de ser arrastradas por ellos. Esos grandes y apasionados movimientos de las opiniones y de las masas, se debilitan algunas veces

pero nunca se hacen traicion. Nadie posee una revolucion y la revolucion posee á todo el mundo. Puede contenerse en la hora del cansancio y del desfallecimiento, pero jamás se las corrompe. ¿Y de que serviría corromper á los gefes y á los que las manejan? Ellos mismos obedecen á la opinion reinante, y son conducidos por el torrente del tiempo. Muerto Mirabeau, hundido Danton, guillotinado Robespierre, separado Tallien, deportado Pichegrú y depuesto Barrás, ¿la revolucion pasó de sus manos á las de la monarquía? No: al venderla á Luis XVIII, aquellos hombres no le hubieran vendido mas que sus cabezas, su honor y una sombra. Solo se levantó la Vendée, pero se levantó por sí misma. Ni los emisarios de Luis XVIII, ni el oro de los ingleses fueron los que sublevaron á los bretones, fué el doble fanatismo de sus costumbres y de su fé. Murieron por su Dios y no por intrigantes. Las memorias de los agentes de intrigas, han engañado á la historia con respecto á este particular. Profundizando su examen, cualquiera se convencerá de que ni Entragues, ni el marqués de la Maisonfort, ni Fauche-Borel, ni Brottier, ni sus corresponsales de París, tuvieron en su mano las defecciones revolucionarias que creian tener y con las que traficaban en la corte.

XVII.

El rey trató con mas juicio de entablar correspondencia con Charette, el héroe de la Vendée, el Anibal de la república. Su misma carta manifiesta que Charette había sublevado á su pais, sin aguardar la señal ni el beneplácito de la autoridad real. «En fin, caballero, le escribió de su propia mano el rey, he encontrado ya el medio que tanto deseaba de tener con vos una comunicacion directa. Puedo hablaros de mi admiracion, de mi

reconocimiento, de mi ardiente anhelo por reunirme con vos, y de participar de vuestros peligros y de vuestra gloria. La cumpliré aunque para ello tuviese que derramar toda mi sangre. Pero hasta que llegue este feliz momento, la inteligencia entre el que por sus proezas es el *segundo fundador de la monarquía*, y el que por su nacimiento está llamado á gobernarla, sería de la mayor importancia. Mi voz debe hacerse oír en donde quiera que el pueblo toma las armas por su Dios y por su rey. Si recibis esta carta la vispera de una batalla, dad como señal del combate la voz de ¡*San Luis!*... y como la de reunirse, ¡*el rey!*... Principiaré á estar entre vosotros el dia en que mi nombre se asocie á uno de vuestros triunfos.»

El rey, su hermano y los príncipes, no estuvieron allí jamás mas que en el nombre. Divididos los gefes por falta de una autoridad superior que redujese sus rivalidades á la unidad de accion, los paisanos cansados de derramar su sangre por un rey y unos príncipes invisibles, se desgarraron despues de desgarrar las entrañas de la patria, y sucumbieron. Ninguna restauracion puede hacerse con las armas sin tener por gefe á un héroe. Los Borbones no eran mas que reyes.

XVIII.

Luis XVIII y su hermano, prontos siempre á presentarse en el campo de batalla de la Vendée en donde morian por ellos, no combatian en él mas que con sus manifiestos y proclamas. Luis XVIII sobresalía en el talento de la paz. Sus cartas á los soberanos reprendiéndoles su ingratitud y cobardía para con los príncipes de su raza, sus declaraciones á la Europa en las grandes crisis de su destierro, sus comunicaciones á Bonaparte pi-

diéndole el trono y prometiéndole el reconocimiento y la gloria, y en fin, las alocuciones dirigidas desde el destierro á su pueblo para recordarle á su rey, son dignas por el estilo, de su rango, de la elevacion de su alma, y de su infortunio. Se complacia en reinar al menos de aquel modo por medio de una correspondencia con su siglo. Ninguno de los cortesanos fieles, pero medianos que le rodeaban era capaz de redactar aquellos documentos. Los escribia solo respetando su papel ante la posteridad, y su talento de literato ante sí mismo. Ningun rey, desde Dionisio de Siracusa, ni desde Federico de Prusia, habló ni escribió mejor desde el destierro, ni desde el trono.

XIX.

El manifiesto que publicó en aquella época con motivo de la muerte del delfin, y de su propio advenimiento al trono, es una muestra en su estilo y de sus miras. «Al privaros, decía á sus pueblos, de un monarca, que solo ha reinado en la prision, pero cuya infancia prometia un digno sucesor del mejor de los reyes, los impenetrables decretos de la divina Providencia, nos han transmitido con la corona la necesidad de arrancarla de las manos de la rebelion, y el deber de salvar á la patria, que una revolucion ha colocado al borde de su ruina. La experiencia os ha hecho conocer de un modo terrible vuestras desgracias y sus causas. Hombres impíos y facciosos, despues de haberos seducido con mentidas declamaciones y falaces promesas, os arrastraron á la irreligion y la rebelion. Desde aquel momento os ha inundado por todas partes un diluvio de calamidades. Fuisteis infieles al Dios de vuestros padres, y ese Dios justamente irritado, os ha hecho sentir el peso de su cólera. Fuisteis rebeldes á la autoridad que habia establecido para gober-

naros, y un despotismo sangriento, una anarquía no menos cruel, sucediéndose alternativamente, os han despedazado sin cesar con un furor siempre creciente. Vuestros bienes llegaron á ser presa de los bandidos en el momento en que el trono lo era de los usurpadores. La esclavitud y la tiranía os han invadido en cuanto la autoridad real cesó de cubriros con su égida. Propiedad, seguridad, libertad, todo ha desaparecido con el gobierno monárquico.... Es preciso volver á esa religion santa que habia atraído sobre la Francia las bendiciones del cielo: es necesario restablecer el gobierno que durante catorce siglos fué la gloria de la Francia y las delicias de los franceses, que hizo á vuestra patria el mas floreciente de los Estados, y á vosotros el mas feliz de los pueblos. Los implacables tiranos que os tienen esclavizados son los que únicamente retrasan ese dichoso momento. ¡Despues de haberlo arrebatado todo, nos pintan á vuestros ojos como un vengador irritado!... Conoced el corazon de vuestro rey, y confiadle el cuidado de salvaros.

«No solo no miraremos como crímenes unos simples errores, sino que hasta los crímenes que estos hayan producido, serán veniales para nosotros. Todos los franceses que abjurando opiniones funestas acudan al pie del trono, serán bien recibidos. Los que dominados todavía por una cruel obstinacion, no se avengan á la razon y al deber, serán nuestros hijos.... ¡Somos franceses!... Los crímenes de algunos malvados no pueden envilecer este título.... Hay sin embargo delitos, (que no pueden borrarse de nuestra memoria ni de la de los hombres), hay delitos cuya atrocidad pasa los límites de la clemencia: (eran los regicidas), á esos mónstruos, ¡no podrá la posteridad nombrarlos sin horrorizarse!... La Francia entera pide que caiga sobre sus cabezas la espada de la justicia. El sentimiento que nos hace restringir la venganza de las leyes á límites tan estrechos, es una prenda segu-